



ACADEMIAS ESCOLARES

Como florecencia indispensable del curso escolar, brotarán, si no han brotado ya, en todas las ciudades que se adornan y se alimentan con Escuelas, donde menos una Academia, que puede ser resurrección de sí misma ó implantada del momento.

Aquí, en Salamanca, dicen que hay un fondo de intelectualidad y de cultura—en el más amplio sentido—superior en proporción al ambiente de las demás ciudades españolas. Que esto es cierto no puede negarse; sólo Oviedo donde Buylla y Posada y Aramburu, tríptico de traductores concienzudos y de dogmáticos, á ratos ilustres, creemos que pueda presentar un núcleo de hombres de ciencia antigua y de hombres de ciencia moderna, como el que Salamanca encierra.

Juan Fastenrath, el gran escritor, el ferviente y benemérito hispanófilo, que desde su vivienda de Colonia mira con ojos de padre á la patria nuestra, nos escribe una carta animosa, alentadora y da salida á su entusiasmo con una exclamación impregnada de admiración hacia esta famosa ciudad de Luis de León, como él la llama.

Y apuntamos esta nota del ilustre alemán, á quien desde aquí rendimos el agradecimiento más sincero, no para sacar á relucir viejos tiempos y viejos maestros, sí para darnos el más cumplido parabien, ya que se reconoce á Salamanca no como herencia de Fray Luis, sino como labradora actual de un porvenir y de un futuro presente—permítase la paradoja—de gloria aquilatada.

Están ahora las Academias en período de incubación, de reincubación deberíamos decir; funcionaban en el pasado curso cuatro Academias de estudiantes; la consabida división de clases. Unas añejas, rutinarias por su formación y su historia que viven bajo el amparo de tutelares vigías; discretas, organizadas, que celebran sus sesiones en continuidad periódica, seguidas unas á otras como cuentas de rosario.

Otra se fundó con arrogancia, nació de un

bando rebelde, quizás por noble envidia ó por innoble estimulación; era lo moderno, lo que amenazaba abollar, dejar inútiles los moldes antiguos y roñosos, también tenía su protección otro viejo edificio que recogió en tiempos silogismos y latines y fué elegido para que las nuevas teorías purificasen el ambiente.

Y otras, las restantes, fueron también independientes y metódica ampliación del aula, retaguardia de la lección diaria.

Todas ellas—lo tememos—irán renaciendo de entre sus propias cenizas. La Academia de Santo Tomás, la Academia Jurídico-escolar, la de Ciencias, la de Medicina.....

Y no suponer que se alistan los escolares en las filas de una Academia, como se alistan en las de un Casino, para obligarse al pago de la cuota mensual y tener derecho á ocupar una silla, á asistir de comparsas á las fiestas y á usar el distintivo.

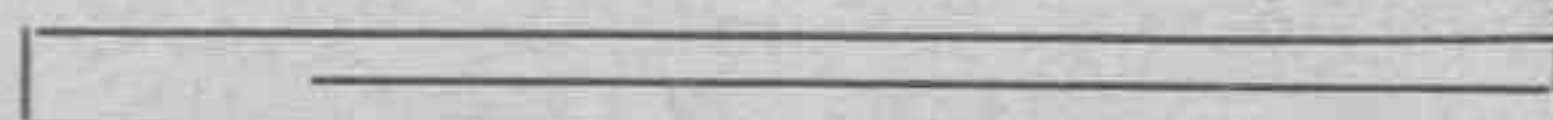
Quien más y quien menos, se disimule ó no, el estudiante empollón y el que desconoce el programa, todos los que fían su porvenir á la carrera que escogieran, ven en las Academias un campo donde prepararse para futuras lides, una tribuna íntima donde pueden abandonar los andadores de la rutina y enfilear los primeros pasos del discurrir propio, una atmósfera de sana polémica y un lugar donde recoger provecho.

Y esta afirmación se demuestra, revistando lo que las Academias son, sitios donde los pasatiempos huelgan y acordándose de lo poco que han vivido esas otras pseudoacademias, prolongación indigna del Círculo y del café.

Sin embargo, los frutos positivos que reportan son nulos; los muchachos somos sencillamente estúpidos y esas reuniones de disertantes y objetantes resultan ridículas bufonadas.

Y ya analizaremos en el artículo próximo el por qué de esa tontería colectiva.

F.





“LA MAFIA,,

POR EUGENIO C. CALÓN.

Ocurrirá la reflexión, á todo el que lea el meditado é interesantísimo trabajo del docto colegial de San Clemente, de como, quien ha hecho semejante estudio de lo que ocurre en luengas tierras, viendo la paja en el ojo ajeno, no vió la viga ante los suyos y dedicó su labor á sacar á luz el proceso de la mafia urbana salmantina cien veces más arraigada y peligrosa, para el cuerpo social, que la siciliana; pero... mejor es que no lo haya intentado siquiera, porque tal indagación, hecha con el talento analítico que el señor Calón revela en su obra, sacaría á flor de tierra cosas, que son mejor para ocultas y sufridas, que no obliga á menos el amor á esta madre comun en cuyo seno se albergan, juntamente con los hombres de bien, las víboras y las sabandijas.

Y es de ver la delicada atención, el escrupuloso cuidado, el anhelo científico que pone el joven autor en la determinación, cuantitativa y cualitativa de los elementos que constituyen esa dolencia social; el índice es un programa concienzudo por el cual se le puede seguir paso á paso en la paciente inquisición de ese complejísimo problema en que concurren causas tan variadas y móviles tan heterogéneos como los ideales caballerescos, la escasez de la base social de sustentación y el desarrollo de los fermentos criminales.

“El mafioso, dice, no es un ladrón ni un *ma-landrino*; es sencillamente un hombre valiente, que *non porta mosca nel nasso*..”

Quien dice mafioso, añado yo de mi cuenta, dice matón, majo, gallito, chulo, rufián y á poca costa, y sin apurar el diccionario, podrían espumarse en él otros cuantos epítetos no menos expresivos de esa mala hierba á cuyo nacimiento y desarrollo concurren, con los atavismos de raza y los ardores del clima, el hambre, el alcohol, la incultura y la debilidad del poder público.

Calón, después de hacer un estudio detenidísimo de la formación de la Mafia, de *L'omertá* y de los delitos que pudiéramos llamar *mafiosos*, entra en la determinación de las causas históricas, políticas, económicas, sociales, antropológicas y físicas.

Y, si en la primera parte de su labor es afor-

tunado, no lo es menos en la segunda en que revela una sólida erudición puesta al servicio de un entendimiento claro y verdaderamente cultivado. Es interesante y aménísima á la vez, la manera como justifica que el origen de la Mafia fueron los abusos del poder y la oposición á la dominación extranjera; cuánto influyeron en su desarrollo, la política electoral, los abusos de la policía y los alardes regionalistas; en qué medida contribuyeron á darla nacimiento y á consolidarla el régimen de los latifundios y el sistema de arrendamientos abusivos y como todos estos fermentos, reunidos en una raza medioeval y degenerada por la miseria, dan origen á ese mal cuya raigambre no hay medio de estirpar de una de las más pintorescas regiones de Europa.

Muchas reflexiones sugiere la hermosa labor de nuestro paisano, sobre todo comparando la situación de Sicilia con la de Andalucía y aun la de España entera. Parece como si, en estos países que el sol regala con su lumbre, pesase alguna maldición de la Providencia, condenándolos á sufrir perpétuamente ese terrible cancer social, por obra del cual, degenerando la caballeridad (como afirman King y O'key) se transforma en puro matonismo y á los antiguos paladines de los juicios de Dios, suceden rufianes sin honor diestros en esgrima y tafure-rías, cuanto sinietros en obras é intenciones.

LUIS MALDONADO.

PAYASO

No, hermosa, no estoy triste á todas horas;
la alegría también llena mi espíritu
si no me hace dudar, que puede en ella
ir el llanto escondido.
Por eso no te extrañe que hoy mirara
con tristeza en el circo
aquel *clown* que á la inmensa muchedumbre
hacía reir en espantoso grito.
¿Sabes si no va oculto en sus modales
en su traje grotesco y en sus dichos
un corazón que llora tras la máscara
de un dolor infinito?
¿Que en su rostro llevaba lo sincero
de su inmensa alegría? No, bien mio;
profundiza y verás... ¿Ya no recuerdas
que á mí en un tiempo me pasó lo mismo?

J. D. SANCHEZ BORDONA.


 PROSA Y VERSO
 

Lo íntimo de las cosas

POR FEDERICO DE ONÍS.

Hay siempre por debajo de nuestros actos públicos un mundo que no se vé. Lo más que es dado á la gente es conocer lo exterior de nuestra vida, pero lo íntimo, lo interno, lo que en realidad hace que nos movamos en este ó en el otro sentido, los vaivenes que sufre nuestra alma en ese mundo oculto á los ojos de los demás, sólo nos es dado á nosotros mismos conocerlo, y este conocimiento ó bién nos justifica á nuestros ojos cuando los otros nos censuran, ó bién nos avergüenza cuando los demás nos aplauden.

A los que vivimos para el periodismo, y por lo tanto para el público, en aras del cual vendemos muchas veces lo más íntimo y verdadero de nuestro estado espiritual, nos es tolerable que de vez en cuando tengamos un arranque de sinceridad, de confesión personal de nuestras cosas íntimas, un arranque de desahogo en el que mostremos las intimidades de nuestro espíritu.

Vivimos entre mentiras; nos reímos de las censuras, aunque aparentamos rechazarlas en serio, y muchas veces los aplausos, que todo el mundo creará que nos llenan de satisfacción y de orgullo, suenan en nuestro oído tristemente.

Cuando alardeamos de sinceridad, estamos á lo mejor hablando ó escribiendo de lo que menos nos importa, de cosas en las que no pensamos jamás en nuestra vida privada.

Tenemos ya nuestros lugares comunes de juventud moderna, y los usamos de continuo aunque el estado de nuestro espíritu esté completamente alejado del sentir de nuestras palabras. Solemos hablar de fortaleza, de independencia, de rebeldía, y estamos sufriendo la opresión tiránica de nuestras pasiones y hasta de nuestros hábitos. ¡Cuántas veces entonamos un himno á la *virtud*, al omnímódo poder varonil, y estamos esclavizados, como débiles enfermos, por el recuerdo de una mujer en quien no queremos pensar, por la caricia de una halagadora adulación, por cualquiera dañosa vanidad, ó cualquier capricho insignificante!

¡Arriba los corazones! está siempre en nuestros labios, y en muchas ocasiones que tal decimos nuestro corazón está agobiado, desalentado, sin fuerzas para latir.

Muchas veces recibimos aplausos por nuestro sincero optimismo, por nuestros cantos á la alegría de la vida, y frecuentemente escribimos estos cantos para animarnos á nosotros mismos, para dar algo de fuego al hielo de nuestro espíritu, para acallar un poco la tristeza de nuestra vida.

Me acuerdo de ocasiones en las que he recibido entusiastas aplausos por mis palabras de lucha, por mis palabras animosas y valientes, cantando el amor, la fé y el entusiasmo de los corazones jóvenes; y apenas terminaba de hablar, mi corazón estaba en otro lado y yo pensaba que todo aquello eran tonterías, párrafos oratorios, cosas de las que se habla en público porque no se va á hablar de nuestras cosas particularísimas, que después de todo para los demás nada tienen de particular.

Hasta un buen señor una vez, al bajar yo de una tribuna, me dijo señalándome el pecho:— Ahí hay mucho corazón—Y bién sabe Dios que nunca en la vida estuvo mi corazón más apartado de lo que entonces dije, bien sabe Dios que jamás los aplausos me sonaron más tristemente, porque cuando llegaban sus ecos á mi oído estaba pasando por uno de los desalientos más grandes de mi vida.

Es una tristeza este aislamiento en que vivimos, porque nuestras almas son tan impenetrables como la materia y jamás los hombres podremos comprender á fondo á los demás; solamente lo externo de las cosas llegará á nuestro entendimiento, y acaso solamente el corazón auxiliado por el amor pueda penetrar más profundamente y adivinar ese mundo íntimo y oculto que late en el alma de cada hombre.

 CONFESION

I

Una noche clarísima de Mayo que, acariciante, resbalaba el viento y las estrellas con su luz de plata brillaban en el cielo.....

con ánsia loca entre miradas dulces, sintiendo del amor el goce inmenso, sus labios se buscaron anhelantes, juntándose en un beso.....

II

Desde entonces la niña se encontraba con gran remordimiento,

pues, ella siempre tuvo por un crimen el dar al novio un beso. Lo cierto es que una tarde decidióse, y fué á pedir al confesor consejo de si besar al novio está bien ó mal hecho. La iglesia estaba oscura, con esa oscuridad de lo siniestro. En las heladas naves se veían tan solo los espectros de dos viejas beatas tragándose oraciones en silencio. —Me acuso padre— murmuró la niña— de que una tarde... ¡ya no pude menos!... ¡Tenía tanta gana de probarlo! ¡Que di á mi novio un beso!.... —¿Lo hiciste por amor?— preguntó el cura con cariñoso acento— ¿O lo hiciste tan solo por dar suelta á las pasiones que castiga el cielo? —¡Lo hice por cariño, padre mío! ¡Lo hice por lo mucho que le quiero! Si vos supierais padre!.... Me quiere el á mi tanto! ¡Si es tan bueno!... —Marchad tranquila, hermana;— dijo el cura.— si el beso fué de amor no tengais miedo; no tengais por tal cosa jamás remordimiento. En los besos de amor, besan las almas, jamás besan los cuerpos. Mi conciencia me dice que sois buena; marchad tranquila, hermana, yo os absuelvo. Los besos del cariño el señor los bendice desde el cielo....

III

Otra noche clarísima de Mayo
de, acariciante, resbalaba el viento
las estrellas con su luz de plata
 Brillaban en el cielo....
En ansia loca, entre miradas dulces,
contiendo del amor el goce inmenso,
sus labios se buscaron anhelantes,
contándose en mil besos....

JOSÉ M. DE ONÍS.

EL VIEJO JUAN

Un ambiente que perdura en el alma de los hombres es el ambiente en donde creció el amor primitivo. Podrá borrarse el recuerdo de la hermosa mujer, rubia ó morena, que convivió con su vida de sueños; podrá apagarse el fuego juvenil que nos llevó á los altares de los dioses; pero los piés de la primera mujer adorada, pero siempre, eternamente, quedará en nosotros el eco murmurar de los árboles que bordean la vida tantas veces hollada; quedará en nosotros el recuerdo de aquella nube bermeja y sonora que desde las negras cresterías del cielo miraba cómo dábamos á la amada mu-

jer el beso primero; quedará en nosotros el recuerdo de la encina secular y cayente, que crecía como arrojada del bosque al borde del barranco, labrado por las aguas. Yo tengo aún en lo hondo del alma, aplastado por el peso de mi vivir presente, el recuerdo de un viejecito dulce, de uno de esos viejecitos de ciudad castellana, adorables y secos, que viven siempre en una honda comunión con la juventud naciente, que ansían ingertar en ella su vida que se apaga, para hacerse eternos, para alargar así por más tiempo el amor que alimentó su vivir en pasados días dulces.

Guardaré en mi alma como reliquia sagrada y bendita, el recuerdo de Juan, el viejo ya muerto. Vivía en un caserón amasado allá en lejanos tiempos por manos de cíclopes; vivía en la dulce paz de un lugar castellano, donde parece dormir el alma de los abuelos muertos, prontos á despertar, y cuajarse en algún cuerpo juvenil, pletórico de fuerza por ley de herencia.

Era yo aún un muchacho á quien la miel de la vida mojaba los lábios, á quien le nace el alma por la visión de los amaneceres castellanos, por la visión de los llanos pajizos, donde duerme el silencio, donde brotan las encinas nuevas que han de contar á los hombres de otras centurias lo que los hombres de esta época graban en sus troncos, y hablaba diariamente, á la mañana y á la tarde, con aquel viejecito, domado y seco como gris parral. Me contaba cosas de otra época, cosas que tenían un sabor de historia, amores lejanos de su vida, á cuyo recuerdo se le veía rejuvenecer en una juventud viril y dulce, pasada entre sueños nacidos y muertos en las calles estrechas y solitarias de aquel pueblo castellano, en los huertos de las cercanías, donde las paredes, vestidas de líquenes, ocultan dulzuras imprevistas, donde se amasan amores que darán frutos en no lejanos tiempos.

Yo crecía en la paz del pueblo como roble en llano, y él me iba abriendo lentamente un día y otro el libro de la vida. Me mostraba escueta la maldad ingénita de los hombres, me enseñaba las bajas ansias de los pueblos; cómo nacen y cómo crecen en el ambiente popular las famas de las gentes; cómo se orientan las almas hacia el oro; cómo, en fin, nacen los sueños y cómo se apagan y mueren al encarnarles en la vida. El fué el que descubrió en lo hondo de mi ser amores ocultos, amores hacia la rubia mujer que convivía con nosotros la vida lugareña.

¡Viejecito dulce! yo guardaré en mí eternamente el recuerdo de tu imagen; el recuerdo de

gosa cara, de la oleada de piel de tus mejillas que orlaba tus ojos, de la cabeza nevada donde dormía un alma más grande que las alas de los dioses, de tu cuerpo seco y domado por los años, de tu cuerpo que se nutrió y creció en el mismo ambiente en donde yo viví en mis primeros años juveniles mi vida de sueños.

M. M. GONZÁLEZ.

COSAS DE LA CALLE

AL AIRE LIBRE

EL JURAMENTO

...o ó diez viejas, con las caras morenas y arrugadas, las manos lustrosas y temblonas, se han reunido á la sombra de la señá Tomasa, sentadas en los clásicos taburetes de patas.

Entre las faldas de las arcaicas mujeres, espera á ser servido, por las grandes bocas sin dientes de las viejas, un pedazo de moreno pan, rociado con grasa. Las conchas ríen desaforadamente. se rascan de vez en cuando y á pequeños intervalos, sueltan la exclamación "¡Jesús María y José!". La luna cae sobre sus domos y el viento, menea irrisoriamente las flecos de las greñas.

El codorniz canta sonora y pausadamente. Alguno otro grillo, deja oír su chillona melodía y, produce el consiguiente escándalo y convidando á la risa, se rasca, *velozmente* junto al corro de las viejas con su mastú con una lata atada por algún chico al pobre animal.

Este corre la crápula infantil dando gritos y haciendo visajes con el cuerpo que zarandea automáticamente.

Entonces una vecina, asomándose á una pequeña ventana, ha dicho:

—Señá Tomasa, ¿hay tajo ahí para mí?..

—¿Hay tajo para usted, tía Forosa—ha respondido la señá Tomasa.

—Bajo enseguida—tornó á decir la tía Forosa.

...á ido sintiéndose el crujir de faldas y el rumor de pies, en un portal cercano, hasta aparecer en la puerta una mujer alta, enjuta de carnes, de pelo y el pelo desgredado.

—Buenas noches, vecinitas—ha dicho la nueva tertulana.

—Buenas noches han replicado todas, entre las que están la señá Tomasa, la tía Gabriela, doña Agustina y Mariquita.

—¿Qué hav de particular... qué me cuentan ustedes de ese venido ya el sereno?...

—Según ellas, era un joven alto, moreno, esbelto, de carnes y que se pasaba todas las noches las tardes paseando la calle, porque en ella vive su novio.

—¿Venido el sereno todavía... como anoche le dijimos?.. tendrá miedo—han dicho á una vez doña Agustina y Mariquita.

—¿Qué cosa no fué para tanto—objetó la tía Ga-

—Sí pero el pobrecillo teme verse corrido de vergüenza delante de su novia, de esa muchacha sin juicio que lo está volviendo tarumba—respondió gravemente la señá Tomasa.

Al pobre del enamorado le habían dicho la noche anterior no sé qué cosas que no le agradaron, prometiéndole, además, un *chasco* ó una *broma algo pesada* para aquella noche.

La noche transcurría lentamente y el fresco se dejaba sentir cada vez más. Algunos balcones de la calle se cerraban al tiempo de ser arrojada á la calle por entre ellos una punta de cigarro encendida, que al chocar contra el suelo desparramábase la lumbre en direcciones distintas.

Varias tertulias que sentaron sus reales en el arroyo, habían desaparecido ya de él, cargadas con las sillas sobre los hombros. De poco en poco tiempo, sonaban fuertes trompazos de puertas que eran cerradas con estrépito. La calle iba quedando en silencio y en la tertulia de la señá Tomasa, se continuaba hablando de todo con la misma gana y calma, con que principiaron. Allí se charlaba por los codos, criticándose se hasta si el vecino de al lado ó de enfrente, salía poco de casa ó tenía un diente partido que le afeaba...

En esto, ha llegado D. Eleuterio, esposo de D.^a Agustina y oficial de Hacienda, cesante desde que Angiolillo mandó á Cánovas al panteón.

Las vecinas allí reunidas sabían que D. Eleuterio, hombre de *viso* en sus tiempos de empleado y juerguista incansable, en sus mocedades, tocaba á la perfección la bandurria, la acordeón, la guitarra y otros instrumentos.

Y esto bastó para que todas, á una, pidieran al pobre cesante que les tocara unas malagueñas...

—Sí, sí, sí, que la toque—gritó alegremente Mariquita, mientras el bueno de D. Eleuterio subía, escalera arriba, á su cuarto, á por el clásico instrumento.

En aquel instante, supremo, escrutador, se ha percibido el "ras, ras," del abrir de una ventana. Era la novia del "sereno," que salía á la cita. Pulcramente ha puesto sus brazos sobre el antepecho de la ventana, y en esta posición espera á su muchacho.

—Buenas noches, vecina,—la dijo socarronamente la "señá," Tomasa.

—Muy buenas, "señá," Tomasa,—respondió Lolilla, que así se llamaba la futura esposa de Antonio.

—Vamos á tener ahora música, á la que se le invita á usted. ¿Qué, acepta mi ofrecimiento?

—Muchas gracias, vecina; se lo agradezco... pero no puedo salir...

—Vamos.. Lolilla anímese usted y véngase para acá que pasará un agradable rato... su novio la dispensará por esta noche .. vamos, niña, no se haga usted tanto de rogar...

—Buen ansia me cuesta, pero no puede ser. Otra noche será, señá Tomasa.

No bien había terminado don Eleuterio de afinar la guitarra cuando apareció en la calle el novio de Lolilla, aquel muchachuelo locamente enamorado, de esmirriadas carnes y de rostro moreno, muy moreno, acercándose enseguida á la ventana, así que pudo ver en ella á su Lolilla, la moza más gentil y más gallarda del barrio.

—Ya creí que no venías; estaba intranquila; ya me figuraba que te había ocurrido algo—díjole Lolilla á Antonio en cuanto le tuvo á su lado.

—No, nena mía; no me ha ocurrido nada; es que hemos cerrado el comercio más tarde que de costumbre y

ese es el motivo por el que me he retrasado hoy un poquito.

Los dos novios se miraban fijamente, viéndose uno en las niñas de los ojos del otro, y sin atreverse á hablar más. Se querían mucho, extraordinariamente mucho, y sus corazones, llenos de amor, sentíanlo tan hondo y tan intenso, que á veces no podían decir palabra.

Alguna leve y vaga sonrisa venía á alegrar los rostros de Lolilla y Antonio, como fiel reflejo de lo que en su alma sentían. Los arcos voltaicos de la calle comenzaban á parpadear y su luz ya triste y blanquecina disminuía en intensidad poco á poco hasta apagarse, quedando sólo alumbrando la calle las lámparas pequeñas.

La calle á no ser por la tertulia de la *señá* Tomasa, dijérase que yacía en completo silencio, pero los olés y las palmas de las viejas, y los rasgueos que á la guitarra daba don Eleuterio, la animaban un tanto.

—¡Viva tu mare, chiquilla!—gritó desaforadamente la *señá*, Tomasa al terminar de cantar una copla Mariquita.

—¡Olé, muchacha!—dijo D. Eleuterio, echando *pa alante*, el cuerpo

—¡Ay. . ay... ay... ay ..!—balbuceaba Mariquita como preludio de la copla en medio de la honda satisfacción de los demás.

Y después cantó:

Madre, yo compré un cariño
en la feria del amor;
¡qué bonito era el juguete
y qué caro me costó!...

Las palmas y los olés de la tertulia se repirieron frenéticamente. Mariquita continuó cantando otras coplas.

Lolilla y Antonio hablaban bajo, muy bajo, en la ventana. De vez en cuando miraban al corro de donde partían los rasgueos de la guitarra y las voces de Mariquita, renegando de aquella *lata* que les estaban proporcionando.

Los del *corro*, alguna que otra vez, se mofaban de Antonio, riéndose de él.

Lolilla, inclinándose un poco hacia Antonio, le cogió las manos y apretándolas fuertemente contra su pecho, le dijo: —¡Te lo juro, Antonio mío te lo juro!..

—¿De veras?—dijo él.

—¡De veras!—contestó Lolilla—¡Tuya seré hasta la muerte.

—¡Y yo tuyo, bien mío!—tornó á decir Antonio, que poco después desaparecía entre las sombras de la solitaria calle, mientras Lolilla cerraba su ventana y don Eleuterio y sus acompañantes, apercebidos de lo pasado, rieron y rieron atrozmente en medio de las maldiciones que sobre Antonio caían, de boca de Mariquita ..

JOSÉ SÁNCHEZ GÓMEZ



LECTURAS CLÁSICAS



Hoy va en nuestras columnas el canto de un poeta cubano, de un poeta enemigo de la patria española que luchó con el fuego de sus versos y el calor de su alma de artista á la luz de la estrella única, de un poeta que soñó en una patria libre y que al soñar cantaba.

José Martí, arrastró su vida intensa de artista por las ciclopeas ciudades americanas, y aquí hambriento, allá caído, avanzó cantando siempre, y su canto fué canto que alentó el fuego de la fé en la libertad cubana; canto que arrastró centenares de hombres que bajo la bandera de la estrella única regaron con su vida los campos cubanos.

José Martí ha muerto. Su losa está toldada por la bandera de su patria libre.

Paz al poeta.

LITERATURA CUBANA

RIMAS DE JOSÉ MARTÍ

¡Oh, mi vida que en la cumbre
del Ajusco hogar buscó,
y tan fría se moría
que en la cumbre halló calor!
¡Oh los ojos de la virgen
que me vieron una vez

y mi vida estremecida
en la cumbre volvió á arder!

*
*
*

Entró la niña en el bosque
del brazo de su galán,
y se oyó un beso, otro beso
y no se oyó nada más.

Una hora en el bosque estuvo
salió al fin sin su galán:
se oyó un sollozo; un sollozo,
y después no se oyó más.

*
*
*

En la falda del Turquino
la esmeralda del camino
los incita á descansar:
el amante campesino
en la falda del Turquino
canta bien y sabe amar.

Guajirilla ruborosa,
la mejilla tinta en rosa
bien pudiera denunciar,
que en la plática sabrosa
guajirilla ruborosa,
callar fué mejor que hablar.

*
*
*

— ¡Un beso!
— ¡Espera!
Aquel día
Al despedirse se amaron.

— ¡Un beso!
— Toma.

Aquel día
Al despedirse lloraron.

—
¡Yo quiero cuando me muera
sin patria pero sin amo
tener en mi losa un ramo
de flores y una bandera!

CRÓNICA SEMANAL

Ya estamos en nuestro elemento; el elemento favorito de los españoles que no es el agua, á quien tenemos histórica aversión, no el fuego que se sigue negando en estos tiempos de tolerancia, sino el parlamentarismo efectista, el poder relamerse con la charlatanería de nuestros grandes é indiscutibles lenguaraces.

En el gran lavadero de agua estancada, en la comisión de actas, se están lavando y purificando las suciedades perpetradas en las distintas ciudades y villorrios españoles.

Del seno, del paternal seno de la comisión, saldrán regeneradas, puras y sin mácula, las pilas de papel escrito por las mesas electorales.

Y los señores electos, limpios también por lógica relación, podrán penetrar en el recinto sagrado del Parlamento y atravesar ufanos la cancela de esmerilado cristal, que abrirá inclinado el ujier de tanda.

La antigua calle del Sordo—¡oh simbolismo!— se adornará todas las tardes, á la burguesa hora de la digestión, con la fila abonada que espera turno para ocupar su sitio en la tribuna pública, en aquella tribuna oscura y convexa que parece la antecámara de un palacio deshabitado.

Allí forman los clásicos tipos del hampa española. Rinconete y Cortadillo, cobrizos y despeinados, guardando el puesto á los señores que en el café les ceden benéficamente las *sergias*, indiscifrable vocablo con que designan á las colillas no muy apuradas.

El oficinista cesante, ¿quién que haya estado en la corte del oso, solo del oso, no ha visto en la cola al oficinista cesante?

Saludemos á este hermoso ejemplar de la fauna española, saludemos su verde sobretodo, visitante conspicuo de las casas de préstamos, saludemos su verdoso hongo,

filósofo resistidor de chaparrones y lloviznas, y el clásico bastón de bambú imitado, y el lacio bigote...

Pero dejemos de revistas; yo que quiero bien á un redactor amigo que vegeta en Madrid, le pido que estudie profundamente, atentamente, los abonados á la tribuna que comen el postre en la antigua calle del Sordo.

Ellos son el revés, el anverso está de mamparas adentro; si los señores hacedores y discutidores de leyes no hubiesen tenido un abuelo negociante, un bisabuelo cruzado ó un padre rentista, contemporáneo de la desamortización, estad seguros de que también disfrutarían un hueco en la fila de escogidos, para extremecerse de entusiasmo ante la mirada melodramática de Salmerón, el rojo bigote del rojo Soriano...

Juraron, sin embargo, toda esa dinastía estudiaron sus primeras y segundas y acaso últimas letras en el Colegio de moda, juntos y amistosos la mayor parte de ellos; llegaron el título de doctor y ya doctorales en cualquier rama del no saber humano, entraron en el disfrute del *sport* legislador.

No tengamos paz, no enturbiarnos la vida universal con lüengas soserías doctrinales. Que hable ese gran señor Maura, limosnero de la situación, que casque su fánica achacosa el anciano y prolífico Montero y que de unos á otros escaños crucen el aire conceptos cortantes y punzantes.

Y nosotros, los nacionales, agucemos los oídos, abramos bien los ojos, desperecemos los nervios, envidiando al oficinista cesante del verde hongo y á los que poseen un talonario de pases, para presenciar la continuación de la historia española, desde el blando cogín de la tribuna privada.....

F.

LIBROS Y FOLLETOS

PÍO BAROJA

por J. García Sanchis.

El primer librito de la colección Served es una conferencia que José García Sanchis dió ante sus paisanos en el Ateneo Científico y Literario de Valencia.

En el proemio, única cosa realmente original del Sr. Sanchis, dice

que él vuelve de Madrid y que en la Corte ha aprendido que la vida de estas ciudades provincianas es una vida quieta, mansa, desmantelada y tonta...

Y es cosa cierta lo que él afirma: que José Martínez Ruiz, el fecundo é invariable *Azorín*, tiene toda la culpa de tales creencias.

Porque *Azorín* no ha sabido ó

querido ver más que las ranciaduras, el estado atávico de las poblaciones españolas, y como Sanchis afirma, se cree que fuera de Madrid todo caballero por fuerza será un excelente burgués, siempre metido en su casino, en un triste casino...

Y Sanchis dice á sus valencianos: "Vosotros no sois así; vivís con igual intensidad que si viviérais en la Cor-

te,; palabras que pueden decirse en muchas poblaciones, Salamanca entre ellas, que tienen sólo de viejas, lo único que con el tiempo embellece, pero que anidan espíritus inquietos, militantes de lo nuevo...

Este proemio es lo único, y como bien se ve, no es mucho, que puede interesarnos del folleto. La conferencia es sobre "Pío Baroja", y se limita á hacer gala de conocer las obras del novelista vasco y á fijar opinión de vez en cuando; pero opinión siempre tonta, pues se limita á la forma, al escenario de las obras.

Para quien no haya leído ó no quiera leer los libros de Baroja, este folleto tiene la poca útil utilidad

de darle un resumen homeopático de *Vidas sombrías*, *La casa de Aizgorri*, de *Silvestre Paradox*...

Y al público del conferenciante en Valencia le era grato escuchar lo que opinaba su hijo pródigo sobre el triste y sombrío novelista, para amoldar á ella su personal opinión; yo no aconsejo que se lean estas críticas condensadas como en píldoras, sino que de interesar se lea lo que interese y tenga una facultad de dar su pequeño fallo, bueno ó malo, conforme á nuestra educación se antoja, pero siempre más respetable que la autorizadísima opinión ajena.

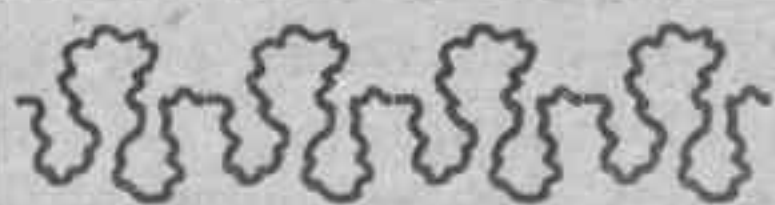
Al final del librito explica Sanchis

el por qué de la conferencia; esto por qué es su deseo de aficionarle á un escritor que hoy es Baroja mañana será otro...

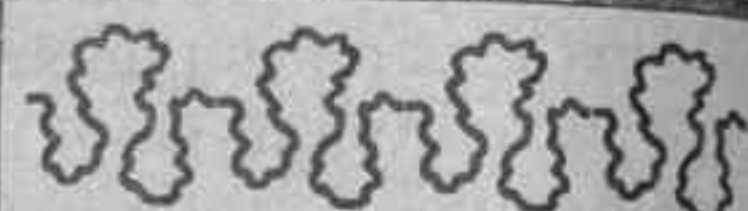
Y el discurso, bajo esta explicación, es como un *vermouth*, que abra ganas y entre en apetito de banquetearse con los volúmenes descarnados, huesosos y bellamente realistas de "Pío Baroja".

En resumen: sobre este folleto no puede decirse nada; es un *cliche* particular, que á su dueño le parecerá universal, y como es crítica de labor ajena, lea quien quiera los libros, sin acordarse para nada de "Pío Baroja", por J. García Sanchis.

F.



DE TODO UN POCO



TENEMOS en preparación y pronto publicaremos un portfolio con numerosos grabados de los Juegos Florales, entre ellos los de la Reina de la Fiesta en traje de corte, y los de todos los poetas premiados.

Insertaremos en él, la mayoría de los trabajos premiados y los que alcanzaron accesits.

El público que agotó nuestro número extraordinario, se ha hecho merecedor de este trabajo, que esperamos sea de su agrado.

Los pedidos á la Administración de GENTE JOVEN.

HEMOS TENIDO el gusto de, contemplar dos cuadros que el notable pintor don Lorenzo Albarrán tiene expuestos en una sala de la Catedral vieja.

Uno de ellos que representa un grupo de charros visitando el coro de la Catedral de Salamanca, está perfectamente estudiado y es sobre todo magistral en cuanto á la perspectiva.

En el otro figuran dos charras asomadas á un balcón y acredita igualmente al señor Albarrán como verdadero artista.

ATENTAMENTE INVITADOS por el médico don Santiago S. García, visitamos el pasado jueves el Hospital de Dementes, en unión de otros periodistas y algunas personas de esta capital.

Pudimos apreciar en el establecimiento importantes reformas, de gran utilidad para el servicio y buena situación de alienados, especialmente el gabinete de hidroterapia.

Después de girar una detenida visita por el establecimiento, las personas que asistieron fueron obsequiados con dulces, licores y cigarrillos.

Merece plácemes la Diputación Provincial por las obras que en el asilo está realizando, así como también la actividad del señor Sánchez García, al cual agradecemos sinceramente las deferencias que tuvo para con nosotros.

DESDE EL PRÓXIMO número comenzaremos á publicar en la plana central los trabajos premiados en los Juegos Florales que por su índole y extensión puedan tener cabida en el periódico.

A los trabajos premiados acompañará la fotografía del autor.

En el próximo publicaremos la primera parte de la novela histórica, original de don Julio Ramón y Laca, que alcanzó el accésit del tema propuesto por la Diputación Provincial.

La novela aparecerá magníficamente ilustrada, con dibujos hechos expresamente por los notables artistas salmantinos don Evaristo Barrio y don Vidal González Arenal.

POR LA PRECIPITACIÓN de ajuste del número pasado omitimos la firma de las fotografías que acompañaban al mismo, habiendo sido éstas ejecutadas por nuestro querido amigo y redactor artístico don Venacio Gombau.

DESDE EL PRESENTE número y con objeto de facilitar al público la lectura de GENTE JOVEN, queda es-

tablecido, como único punto de venta, la librería de Calón.

EL MINISTRO de Instrucción Pública contesta con la carta que á continuación publicamos á una extensa que le fué dirigida por el Director de GENTE JOVEN, pidiéndole atendiese las peticiones de los estudiantes, y razonando las que, á nuestro juicio, son de más interés y trascendencia.

La carta dice así:

"Sr. Director de GENTE JOVEN.

Muy señor mío y de mi distinguida consideración: Como habrá V. podido ver, han sido ya atendidas algunas de las peticiones á que se refería en su razonadísima carta. Me ocupo del estudio de las demás, y los escolares salmantinos pueden tener la seguridad de que serán satisfechas, siempre que sean justas y razonables.

Mucho me agrada, y tengo especial gusto en manifestárselo, que esa Revista mire con el interés que se merecen los problemas de la enseñanza, y comunico á V. que, en esta ocasión como en todas, me es muy grato el informarme de la verdadera opinión de la clase escolar.

Me reitero de V. afectísimo y atento s. s. q. m. b.— *Andrés Mellado*.—10-10-19 5.,

ULTIMA HORA. En contestación á un artículo de *El Castellano*, periódico de Salamanca, solo conseguimos que hacemos de los trabajos premiados en los Juegos Florales, lo que buenamente se nos antoja, sin importarnos lo más mínimo lo que dicho periódico local opine de nosotros.